

fueron vendidos, y él mismo puesto en prision con sus compañeros, como si hubiesen violado el privilegio de la compañía de las Indias Orientales.

La superioridad de la marina inglesa se habia manifestado en la guerra que se agitaba á mediados del siglo XVIII. Desposeidos los franceses de las Carolinas (1763), pensaron en indemnizarse estableciendo una colonia en las islas Falkland, llamadas Malvinas por los corsarios de San Malo, con el objeto de proporcionarse puntos de descanso para los barcos mandados al océano Pacífico. Bougainville emprendió fundarla á sus espensas, llevó allí á varios de los que habian perdido sus bienes en la Acadia, y consiguió su empresa.

Pero la Inglaterra no debia dejar engrandecerse en paz al nuevo establecimiento. Encargó al comodoro Byron reconocer las islas diseminadas entre el cabo de Buena Esperanza y el estrecho de Magallanes, como tambien las de Pepys y Falkland. No encontró las primeras; pero habiendo arribado á las Malvinas, tomó posesion de ellas; luego descubrió aun varias otras islas; pero atacado del es-

corbuto, volvió á Inglaterra después de un viaje de veinte y dos meses. Continuó el capitán Wallis lo que Byron habia comenzado, consolidando la colonia de Falkland, descubriendo diferentes islas en el mar del Sur, ó asignándoles un nombre, entre otras á la de Taiti, donde contestaba con el espanto y la desolacion á los procedimientos benévolos de los naturales.

De esta manera es como los ingleses ocupaban de nuevo, ó adornaban con otros nombres, países visitados ya por los franceses. Poco faltó para que la guerra no estallase entre las dos potencias por la colonia de Falkland; pero España hizo presente la antigua concesion hecha por el papa (1767), y los franceses le abandonaron aquella posesion sin sentimiento, recibiendo quinientas mil coronas por los gastos de desmonte. Bougainville que fué á hacer la entrega, marchó para un nuevo viaje de descubrimiento al océano Pacífico, donde descubrió el archipiélago Peligroso, que los indios llaman islas de las Perlas; tocó tambien en Taiti, y dió la vuelta al globo, adelantándose á Cook en el reconocimiento de varias tierras.

CAPÍTULO XXV

VIAJES AL NORTE.—LA SIBERIA.

Los españoles y los portugueses habian encontrado dos nuevos caminos para ir á las Indias. ¿Pero no habia otro por la parte del Norte? ¿Cuánto no desearian los septentrionales que existiese otro hácia el polo, cuando los pueblos de la Europa meridional, se habian hecho dueños de los pasos por el Atlántico?

Esta fué la exploracion á la que se dedicaron primero los ingleses, haciendo hacer grandes progresos á la geografía. Enrique VIII concedió, tanto al veneciano Juan Cabot, como á sus hijos Luis, Sebastian y Sancho, cartas patentes para explorar tierras desconocidas, con la facultad de establecer allí colonias, pero como ya hemos dicho, se engañaron en sus esperanzas (1). Las guerras con la Escocia hicieron descuidar los descubrimientos. Sebastian Cabot hizo entonces el viaje á Puerto-Rico, después otro al río de la Plata por cuenta de España (1516.) En fin, habiéndole hecho Eduardo VI de Inglaterra piloto en jefe, con un rico sueldo de 500 marcos a laño (4,200 pesetas), le puso á la cabeza de la *Sociedad de aventureros del comercio*. Contribuyó poderosamente en esta posicion á desarrollar y regularizar entre los ingleses el gusto á las empresas marítimas.

Terranova, que Juan Cabot habia reconocido en su primer viaje (1463), habia sido anteriormente explorada por Juan Vaz Costa Cortereal, gentil hombre de Alfonso V, cuyo hijo Gaspar encontró en 1500 la Groenlandia ó Tierra-Verde. Se asegura que descubrió tambien entre Poniente y Noroeste, un continente desconocido, que costó por

(1) Véase antes, pág. 64. Se ve por los manuscritos de Verazzini, en la biblioteca de Strozzi, en Florencia, que Cabot se proponia tambien encontrar por el Norte un paso á las Indias.

espacio de ochocientas millas, en la persuasion de que se acercaba al país visto anteriormente por los Zenos de Venecia; pero se vió detenido por los hielos. Esta seria la Tierra del Labrador. Gaspar obtuvo de su soberano el permiso de emprender un segundo viaje, para buscar un paso á las Indias por el Norte; pero después de haber pasado Groenlandia, no se sabe lo que fué de él. Habiéndose dado á la vela su hermano Miguel para encontrar sus huellas, arribó á la costa del continente que habia descubierto; pero allí los dos barcos, con los cuales navegaba en conserva, le perdieron de vista, y no se ha vuelto á oír hablar de él. Su mal éxito no hizo renunciar á la idea de navegar por el Océano septentrional, y los portugueses establecieron en los bancos de Terranova varias pesquerías, que perdieron toda su actividad, cuando el país cayó bajo la dominacion extranjera. Algunos barcos, tambien extranjeros, llegaron á aquellas costas á intentar fortuna, y se encontraron hasta seiscientas velas reunidas en aquella altura.

Por sugerencias de Roberto Thorn (1629), rico negociante de Bristol, Enrique VIII de Inglaterra envió á reconocer las tierras del polo Artico; pero esta tentativa fué vana como las demás. En su consecuencia, los ingleses se limitaron á traficar con Flandes y con Irlanda. Pero Sebastian Cabot llevó adelante la idea de un viaje, para encontrar un paso al Cathay por el Nordeste. Partió la expedicion bien provista (1533), llena de esperanza y valor; pero parece que el hambre y el frio hicieron perecer cerca de las costas de la Laponia, á los que estaban en el navio del capitán general, y el otro navio mandado por Ricardo Chancelor arribó á un país donde nunca era de noche. Habiendo sabido que era la Moscovia, atravesó Chancelor las mil quinientas millas que la separan

de Moscovia, é hizo con Juan Vasiliovitz un tratado que fué la base de la alianza de ambos reinos, y éste encuentro de Rusia se consideró casi como un descubrimiento de una nueva region.

Mientras que este inesperado resultado le consolaba de su mal éxito (1556), Esteban Barrow marchó explorando los mares árticos, y abordaba á la Nueva Zembla, donde le detuvo el frio. Entonces trataron de buscar el deseado paso por el Noroeste, dando vuelta á la América. Martin Frobisher, que consideraba este paso como fácil, persistió quince años en solicitar con este objeto. En fin, obtuvo dos barcos (1576), que animados por un saludo de la reina Isabel se adelantaron hasta el Labrador, penetraron después en el brazo de Lumley, donde tomaron á los esquimales por pescados. En el viaje un compañero suyo habia recogido una piedra, la cual arrojada al fuego por su mujer, vió cubrirsele los labios de oro (labra d' oro) de lo cual se dió nombre á aquel pais, si es que no viene más bien de *labrador* ó cultivador. El triángulo habitado por los esquimales es una comarca de las más desgraciadas, en la que al renífero cuesta el mayor trabajo el arrancar alguna poca de yerba para vivir. Frobisher no pudo nunca anudar relaciones con los habitantes; pero recogió en aquellas islas gran cantidad de mineral que despertaron las esperanzas. Encantada Isabel con esta nueva gloria, que iba á ilustrar su reinado, y deseosa por otra parte de dañar á Felipe II, su rival, despachó á Frobisher (1578) para que estableciese una colonia en aquel *limite desconocido*, y volviere á traer tierras auríferas. Pero encontró obstáculos en los hielos, y las tempestades dispersaron sus barcos. Perdió entonces su crédito, y la esperanza que habia alimentado tanto tiempo.

La avaricia ó un ardor desinteresado hacía los descubrimientos, animó á varios ingleses en tiempo de Isabel. Habiendo obtenido Sir Humphery Gilbert el permiso de dedicarse á buscar un paso á la China y á las Molucas por el Norte, arribó intrépidamente á Terranova, y tomó posesion de San Juan en nombre de la Inglaterra; pero pereció á su vuelta. En una época en que los prodigios renacientes no permitian creer nada imposible; persuadidos los comerciantes de Lóndres, de que aquel paso tan buscado ya, debia existir al Noroeste, armaron dos barcos, bajo el mando de Juan Davis. Después de haber pasado la Groenlandia, encontró Davis en los 60 grados y 15 minutos de latitud, un grupo de islas (1585) de fácil acceso, y habitadas por indígenas benévolos. Continuando desde allí su camino, se lisonjeaba de haber encontrado el paso esperado, cuando se vió detenido por las nieblas y los vientos contrarios.

Habia, sin embargo, dado pruebas de tanta habilidad, que sus armadores le confiaron la segunda expedicion, que igualmente no tuvo otro resultado que el reconocimiento de islas y costas. Lo mismo le aconteció en el tercero; pero consi-

guió la conviccion de que el norte de la América no era más que un compuesto de islas á través de las cuales era posible navegar. Sebastian Vizcaino emprendió en 1596 y en 1602 dos expediciones al Norte: observó con el mayor cuidado las costas de la Nueva California; pero no pudo pasar del grado 42 de latitud; otros barcos se mandaron de España hacia el Noroeste (2).

Sin embargo, los holandeses, que emancipados del yugo de los príncipes austriacos de España, disputaban el imperio de los mares á sus antiguos dominadores, se dedicaron á encontrar tambien un paso para las Indias á través de los hielos, por el Nordeste. Animados por una demostracion del sábio Pontano, la sociedad de comercio llamada de los *Paises remotos*, armó en 1594 tres barcos; el *Cisne*, mandado por Cornelis, el *Mercurio* por Isbrantz y el *Mensajero* por Barentz, para explorar la Noruega, la Moscovia y la Tartaria. Los dos primeros se adelantaron hasta cuarenta leguas del estrecho de Wajgat; y viendo la tierra prolongarse al Sudoeste, creyeron haber descubierto el paso, lo que les decidió á volver á anunciarlo. Barentz continuó adelantando hácia el Noroeste, más allá de la Nueva Zembla hasta los 77 grados y 15 minutos de latitud: detenido allí por los hielos, viró de bordo, volviendo con una enorme piel de oso, y los primeros dientes de vaca marina que hasta entonces se vieran.

En el año siguiente se concedieron siete barcos al capitán Heemskerke, y á Barentz por piloto en jefe; pero los hielos les impidieron adelantar. Sin embargo, los samoyedos les aseguraron que á la estremidad de la Nueva Zembla se encontraba un mar muy estenso que bañaba las costas de la Tartaria, y se estendia hasta paises más cálidos. No se atrevieron, sin embargo, los Estados Generales á aventurar nuevos gastos; contentáronse con prometer una recompensa al que descubriera un paso á la China por el Norte. Los comerciantes de Amsterdam tripularon, pues, dos barcos, que el uno confiaron á Hammerfest, el otro á Cornelis, bajo la direccion de Barentz. Llegados el 22 de mayo de 1596 á las islas de Shetland descubrieron el 9 de junio una isla árida, en la que dieron muerte á un oso blanco, y que en su consecuencia la llamaron isla del Oso (*Beeren Eiland*). Prosiguiendo su camino, se encontraron el 17 de junio á los 80 grados y 11 minutos de latitud, muy admirados al ver por la primera vez á tres soles con tres arco iris que le rodeaban; remontando después,

(2) Amoretti ha encontrado en la Biblioteca Ambrosiana de Milan un *Viaje del mar Atlántico al océano Pacífico por la via del Noroeste* (Milan 1811). Es de Maldonado Ferrer, que refiere haber pasado por allí en 1588, y aconseja se haga una expedicion. Aunque Lapie le haya defendido en los *Nuevos Anales de los Viajes*, 1821, otros autores lo reputan enteramente fabuloso, y no está acorde con los últimos descubrimientos.

probablemente los primeros, la costa Noroeste de Spitzberg, apercibieron con sorpresa yerba y ganado mayor, al paso que la Nueva Zembla, cuatro grados menos septentrional, les habia ofrecido un suelo estéril. A la vuelta, uno de los barcos, después de haber luchado mucho tiempo, se encontró detenido entre los hielos. La relacion de Gerardo de Veer, escrita dia por dia, sin énfasis, sin ficciones, y sin que el autor trate de dar á sus sufrimientos más importancia que á los de los demás, es una de las más dramáticas que proporcionan los anales de la marina (3). No se puede dejar de admirar la paciencia con que soportaron la falta de alimento, el rigor del frio y la oscuridad, en medio de los asaltos de los osos: felices cuando podian matar alguna zorra para satisfacer su hambre y vestirse. Después se toma parte en la alegría que experimentaron al volver á ver el sol al principio del mes de enero. Pero los rayos de este astro les llegaban tan oblicuamente y tan débiles, que aun estaban encadenados allí en el mes de junio. En fin, los hielos se rompieron y se pusieron en marcha con ellos; Barentz pereció; y los suyos, después de haber andado errantes con dos pequeñas embarcaciones descubiertas, por espacio de más de trescientas leguas, por medio de hielos, privaciones y peligros de todas clases, volvieron en fin á su patria.

Las expediciones de Barentz fueron muy provechosas, pues descubrieron Beeren Eiland y Spitzberg (4), pais donde el pueblo industrioso de la Neerlandia debia encontrar nuevas ocupaciones. En efecto, renunciando los holandeses á buscar un paso, comenzaron una pesca nueva que fué para ellos un Perú. Primero los normandos y después los vascos, en el siglo xv, habian ido á Spitzberg y á Groenlandia á dar caza á la foca y á la ballena, con el objeto de sacar partido de su grasa y de sus barbas. Los holandeses los contrataron entonces para dirigir sus barcos, y pronto fueron superiores.

(3) *Het derde Deel van de navigatie om den Noorden*. Amsterdam, 1605.

(4) Buffon pretendia que la tierra, en un principio incandescente, habiéndose enfriado poco á poco, se habia hecho habitable á medida que su calor disminuia. Los primeros paises habitados serian pues los polos: en su consecuencia Bailly colocó la cuna del género humano en Spitzberg, de donde salieron los atlántidas, que pasaron por maestros en todas las ciencias. Habiéndose detenido éstos en Asia entre el Obi y el Yenisei, se multiplicaron allí, después se estendieron hácia el Cáucaso y el mar Caspio hasta el grado 49 de latitud, y diseminándose, fueron los padres de los diferentes pueblos. (*Cartas sobre la Atlántida de Platon. Cartas sobre el origen de la ciencia.*) Cuando se considera lo que son estos paises, no se puede dejar de admirar hasta donde arrastra la mania de los sistemas opuestos á las tradiciones universales; y por qué? Solamente porque éstas se hallan en armonia y dan fuerza á la narracion bíblica.

En 1603 el adermann Cherry armó un barco para aquellos parajes, y Steven Bennet, que tomó el mando, ignorando ó fingiendo ignorar el descubrimiento anterior, dió á la isla del Oso el nombre de isla de Cherry. Otros ingleses arribaron allí después, y la sociedad moscovita que se habia formado en Lóndres, tomó luego posesion de ella. Ahora bien, en 1612, cuando los holandeses acababan de hacer la primera pesca, que habia sido muy abundante, sus barcos fueron á la vuelta hechos prisioneros por los ingleses, que segun sus costumbres, pretendian ser dueños de los mares polares, y separaban de ellos á todo concurrente por su propia autoridad. Durante cinco años, fué una lucha de contrabando y una guerra de esterminio, con el objeto de escluir á los holandeses de las costas descubiertas por un holandés. Auggard, comerciante de Hammerfest, hizo construir allí una cabaña para que se abrigasen los que se viesen precisados á invernar en aquellos parajes. Los rusos construyeron otra, de vigas mal unidas. El capitán de un barco noruego, que permaneció allí dos años consecutivos con su tripulacion, mató el primer año 677 vacas, 30 zorras azules y tres osos blancos. El estremado rigor del invierno les impidió salir el año siguiente.

Por espacio de medio siglo la pesca fué muy abundante. Las grandes fatigas de aquel oficio formaban excelentes marinos; y ya no era necesario adelantarse tanto. Pero pretendiendo cuatro naciones el derecho esclusivo de pescar la ballena en las bahias del Norte y al sur de Spitzberg, los armadores hicieron escoltar sus barcos por otros de guerra. La sociedad llamada *Moscovita*, formada en Lóndres en 1606 para explorar el Norte, se obstinaba en no querer que los demás pescasen en Spitzberg: habiendo obtenido del rey Jacobo I un privilegio absoluto en los mares del Norte, arrojó de ellos á los holandeses, á los franceses y á los vizcainos, y llamó á aquella costa Terranova del rey Jacobo. Los holandeses, que habian formado tres compañías para luchar con ella, volvieron con catorce barcos de pesca y cuatro de guerra, que arrojaron de ella á los usurpadores. La Dinamarca intervino á su vez pretendiendo imponer cierto derecho á los buques ingleses que pasaban sus estrechos. Pero la pesca fué tan copiosa, y la concurrencia de otros barcos, mandados por Dinamarca, Bremen, Hamburgo y Vizcaya, se multiplicó de tal manera, que conociendo los ingleses la imposibilidad de arrojarlos á todos, se resignaron á dividir con ellos aquellos hielos, ensangrentados ya por tantos conflictos entre cuatro naciones rivales. De todos modos, se reservaron las bahias mejores.

Varios millares de hombres se enviaban todos los años para afrontar los más terribles peligros, sin otro objeto que pescar monstruosos cetáceos y luchar con osos y vacas marinas. Muchos perecieron allí estrellados contra las montañas de hielo, ó encerrados en medio de témpanos, unos eran

presa de los monstruos, y otros diezmados por el escorbuto en las largas noches del polo.

Todas las naciones mandaban barcos al banco de Terranova: sólo los ingleses tenían cincuenta en aquellos parajes en 1578; Portugal otros tantos, España doble número, Francia ciento cincuenta, y los vizcainos unos treinta. Sobre todo, estos últimos eran muy hábiles en pescar la ballena. El establecimiento de sir Humphrey Gilbert dió á los ingleses, que escedían á las demás naciones en el número de sus armamentos, la dominación positiva de aquel país; y al fin del reinado de Isabel se empleaban en aquella costa doscientos barcos y ocho mil marinos. En 1697, un pescador holandés encontró cerca de Groenlandia una escuadra de ciento veinte y un barcos holandeses, cincuenta de Hamburgo, quince de Bremen, y dos de Emden, que en muy poco tiempo pescaron mil novecientas cincuenta ballenas.

En un principio estos cetáceos eran enormes, porque tenían hasta setenta pies de longitud, y treinta ó cuarenta de ancho. Los soberanos no exigían ningún derecho sobre los productos de aquella peligrosa pesca, y sólo se daba por devoción la lengua á las iglesias (5). Primero se llevaban enteras, lo que producía un cargamento enorme. Pero se establecieron almacenes y hornos en Smeeremburgo, en una de las bahías más septentrionales de Spitzberg, donde se prepara el aceite y los huesos abandonando lo demás. Pronto se formaron en derredor de aquellos almacenes aldeas, donde resonaban todas las primaveras los cantos de alegría á la llegada de los nuevos huéspedes, que encantados con poder hartarse de pan fresco y divertirse en las hospederías, brindaban con las gentes del país. Las ballenas comenzaron después á ser raras y feroces; se alejaron de las bahías donde se las cogía con facilidad, y concluyeron por retirarse en medio de los hielos; entonces los peligros y las dificultades de la pesca se aumentaron (1690): como ya tentó menos á la avaricia, se dejó que la hicieran libremente los que quisieran correr los riesgos; los establecimientos que se habían hecho con este objeto desaparecieron, Smeeremburgo fué demolido, y se vendieron sus inmensas calderas de sesenta pies de diámetro.

Los holandeses habían querido establecer allí una colonia en 1633, y tres hombres pasaron el invierno; pero otros siete que los imitaron tuvieron un deplorable fin. El 20 de octubre desapareció el sol; entonces les atacó el escorbuto: el 24 de febrero volvieron á ver el disco solar. Las últimas palabras que escribieron en su diario fueron éstas: «Somos aun cuatro tendidos en nuestra cabaña, débi-

(5) Sólo una ballena puede dar ciento cincuenta barriles ingleses de esperma, que es como se llama la sustancia particular encerrada en las enormes cavidades de la cabeza, y un tonel que contenga ocho barriles (1024 pintas de París) se paga de 70 á 100 libras esterlinas en Londres.

les y enfermos, hasta el punto de no poder ayudarnos unos á otros. Quiera Dios socorrernos y quitarnos de este mundo de dolores, donde ya no tenemos fuerzas para vivir.» Los holandeses que llegaron en el verano encontraron la cabaña, que habían cerrado para libertarse de los osos y de las zorras; dos de aquellos desgraciados yacían muertos en sus camas, otros dos sobre velas viejas, y cerca de ellos los restos descarnados de sus perros.

En el día pocos barcos toman aquella dirección; la ballena *mysticetus* ha desaparecido, y la *boops* es muy difícil de coger. Las barbas de ballena, muy buscadas á principios del siglo pasado por la moda de los guarda infantes que se hacían con ellas, han bajado mucho de precio. Los rusos han continuado yendo, á buscar á aquellos parajes la foca, el delfín blanco y la vaca. En el día, los noruegos y los flamencos tratan de hacer esta pesca, que cada vez produce menos; y los marinos sucumben con frecuencia en su lucha con los cetáceos ó al rigor del frío. En 1838, diez y ocho rusos invernaron en las Mil Islas, y perecieron allí todos. El inglés Scoresby, que permaneció allí desde 1818 hasta 1822, ha dado la mejor descripción de los fenómenos polares.

Los pescadores de ballenas fueron entonces á buscar aquellos enormes cetáceos á las regiones ecuatoriales, y hasta al polo Antártico. Los ingleses habían sostenido su superioridad en aquella industria reclutando á los mejores balleneros. Pero cuando los anglo-americanos conquistaron su libertad, atrajeron á sí los beneficios de aquella clase de expediciones, y persiguieron las ballenas en todos los mares. Algunas veces la ballena sabe vengarse de sus sitiadores, no sólo agitando el mar hasta el punto de echar á pique las embarcaciones, ó destrozándolas con sus enormes quijadas, sino también persiguiéndolas con la idea de castigarlas. Pescaba el *Gustavo* en las costas de la Nueva Holanda, cuando una ballena herida cogió entre sus dientes los dos costados del bote, que infaliblemente hubiera sido arrastrado á los abismos, si no hubieran cortado prontamente las terribles mandíbulas del monstruo. El *Essex*, mandado por el capitán Polard, había cogido el 20 de noviembre de 1820 dos ballenas en los mares antárticos, á las que remolcaba, cuando otra ballena de gran dimensión, comenzó á golpear con tanta fuerza al bergantín que le destrozó y le echó á pique. No tuvo más tiempo la tripulación que el de arrojar á tres botes; el uno de ellos, en el que iban siete hombres, se perdió probablemente; los otros dos, después de haber andado errantes tres semanas en medio de grandes peligros, arribaron á la isla de Isabel, una de las Ducias, donde los naufragos no encontraron más que nidos de alción tan estimados de los chinos. Sufrieron todas las angustias del hambre: habiendo muerto dos de ellos, sus compañeros los devoraron: después sortearon la vida de otro que inmediatamente fué hecho pedazos. Estaban todos en la agonía, cuando llegó un barco. Este recogió también á tres

de ellos, que habían querido permanecer en otra isla desierta, donde habían vivido con aves y tortugas, aunque padecieron todos los tormentos de la sed.

Mencionaremos aquí un hecho que se refiere al objeto del presente capítulo. Se asegura que se encuentran en las cercanías de la China y del Japon, ballenas que llevan clavados en sus lomos harpones lanzados sobre ellas en los mares del Norte. Han franqueado, pues, el paso septentrional, tan laboriosa y vanamente buscado.

Tal es el tenaz poder del hombre que le hace sobreponerse á todos los obstáculos que le opone la naturaleza. Así era, que mientras desafiaba los ardores de un sol perpendicular y las invencibles calmas ó furiosas tempestades de los trópicos, se internaba en parajes donde los vientos casi no tienen fuerza y apenas sufren algunas variaciones, donde el flujo y reflujo son casi insensibles. Baffin encontró islas de hielo de cien millas de largo, con montañas de cuatrocientos pies de elevación. A veces las aves hacen su nido en aquellos bancos, que no se han derretido hace medio siglo, y que el verano no destruye. Otras los hielos se extienden en una inmensa llanura, por la que es preciso abrir un canal á fuerza de hachazos, de tajamar y hasta á cañonazos, y pasar por allí, con riesgo de verse encerrado de un momento á otro, al mismo tiempo que asusta el formidable ruido que produce el rompimiento de los hielos. En 1743, un mercader ruso de Mezen, fué cogido entre los hielos con catorce hombres á los 77° de latitud, sin esperar poder salir de allí. Cuatro de ellos se lanzaron á la costa para explorarla, y encontraron una cabaña donde pasaron la noche; pero por la mañana no vieron ya el navio, que se había sepultado entre los hielos. No tenían nada para vivir, y todas sus municiones consistían en un cuchillo, una hacha, un fusil con doce cartuchos, una marmita y un eslabon; pero poseían un valor indomable, exaltados por la desesperación. Separan la nieve de la cabaña, matan con los doce tiros igual número de renjiferos, y se hacen con los restos de un barco los utensilios más necesarios. Habiendo muerto un oso, utilizan para cuerdas de arco sus nervios, y van á la caza, comen cruda la carne del oso para preservarse del escorbuto, beben sangre de renjifero caliente, y hacen gran consumo de coclearia. Pasan seis años en aquella miserable condición, y en fin, son vistos por un barco que los vuelve á llevar á Arcangel.

En 1835, cuatro marineros noruegos mandados á las Mil Islas para explorar el fondo de una bahía, sorprendidos por la niebla, que en aquellos parajes se forma de repente cubriendo el cielo y el mar, se vieron obligados á gobernar al acaso, guiándose por el ruido de las olas, que se estrellaban contra las rocas. Una vez disipada la niebla, prosiguieron su marcha; pero volvió la oscuridad y les fué preciso dejarse ir á la suerte, que los condujo á una isla. Pero cuando arribaron á ella hubo una tempestad que arrebató su barco. Sin ninguna es-

peranza, no tuvieron otro partido que adoptar, que el de permanecer en tres cabañas que encontraron en las costas. Algunos cadáveres de vacas marinas arrojados á la arena por las olas, fué su único alimento. Grande alegría tuvieron cuando consiguieron una fresca. Dedicáronse á pescar; pero un día que ésta había sido abundante fueron sorprendidos por los hielos, más tempranos que de costumbre. No podían resolverse á abandonar su embarcación, muy preciosa para ellos: esperaron, pues, dos días, con la esperanza de que otro viento produciendo el deshuelo. Se incitaban á correr para calentarse; pero no pudiendo resistir al gran frío y á la nieve que caía en espesos copos, se desanimaron y se disponían á morir, cuando oyeron de repente romperse y hundirse el hielo; y en efecto, pudieron volver á empuñar los remos y volver á sus cabañas. Llegado el invierno, se hicieron una lámpara con el fondo de una botella y la alimentaron con la grasa de las vacas; un pedazo de cuerda les servía de mecha. Clavos viejos les sirvieron de agujas y deshacieron los cables, se proveyeron de hilo; con lo cual y con pieles de animales se hicieron vestidos con que cubrirse. Para distraerse fabricaron naipes, pintando algunas pequeñas planchas, y jugaban con tal ardor, que á veces llegaban á las manos. Los osos blancos rondaban al rededor de sus cabañas; los mataban entonces y comían su carne. Pero estos animales desaparecieron en el mes de abril, y ya no les quedaba más alimento que pieles de vacas que mascaban. A fines de junio vieron un barco, y habiéndole alcanzado volvieron á Finmark.

Durante todas estas expediciones, que no tenían otro objeto que el lucro, no se interrumpian las exploraciones científicas. Los primeros que se entregaron á ellas fueron los daneses, á quienes favorecía la situación de su patria. En 1605, envió el príncipe reinante á explorar la Groenlandia, poblada por los antecesores de sus súbditos; otras expediciones se siguieron con poco éxito, con la idea de que se encontrarían allí minas de plata.

Hudson, 1609-10.—La exploración de un paso que había costado tantos esfuerzos inútiles y dispendiosos, estaba abandonada, cuando los negociantes de Londres hicieron marchar de nuevo á Enrique Hudson. Después de haber pasado la Groenlandia y el Spitzberg con un pequeño barco tripulado sólo por doce hombres y un muchacho, volvió sano y salvo á Inglaterra. Habiéndose vuelto á dar á la vela con catorce hombres, hizo varias observaciones sobre la declinación de la aguja magnética; pero se encontró detenido por los hielos. Vióse comprometido en medio de ellos en otras expediciones, y una vez, insurreccionada su tripulación, le abandonó en ellos con los enfermos y los estropeados, sin dejarle más que pocos víveres y un fusil. Pero ya había descubierto un estenso mar á occidente del cabo Wolstenholm, como llamó á la estremidad noroeste del Labrador. Los negociantes de Londres mandaron á Tomás Button con misión de explorarlo. Después de haber pasado